

Tanto lo creía, que allá por Diciembre, no pareciéndole que estaba el boticario todavía bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegüecilla rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas llenas á taque retaque, y le llevó de regalo un jamón, dos morcillas, tres vueltas de chorizos y un solomillo entero; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le había recibido muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, señor don Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto atraía á Victoria y que tan admirable resultado produjo?...

—*El espíritu del imán*,—le contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reír él solo á carcajadas.

## ¡UN BUEN HAYUCO!

—Que ya caen.

—Que no caen todavía.

—Le digo á usted que sí.

—Le digo á usted que no.

—Yo lo he visto, y contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.

—Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.

—Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y ví que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.

—Pues yo estuve ayer en Majadavieja, y me causé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.

—Pues lo que digo es que caen.

—Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía sin trazas de acabar esta discusión, tan luminosa y fructífera como suelen ser todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó

estaban todavía duros de caer y convenía, por consiguiente, esperar unos días.

El hayuco, fruta casi desconocida fuera de las comarcas del Norte donde hay grandes hayedos, se cría en un erizo muy semejante al de la castaña y viene á tener la forma de un prisma triangular aguzado por los extremos, ó si se quiere de dos pirámides triangulares unidas por la base. La monda exterior es leñosa como la de la castaña y del mismo color que ésta; debajo tiene también como la castaña una película roja muy fina, despojándole de la cual queda blanco y hermoso el grano, que es de sabor muy agradable.

Nuestros académicos, por no perder la costumbre de barbarizar sobre todas las cosas, han barbarizado también sobre el hayuco llamándole *especie de bellota*; pero recientemente han sustituido esta definición, después que yo me reí de ella, con otra que no es buena tampoco, pues no dice más sino que hayuco es el fruto del haya, añadiendo que es de forma de pirámide triangular, lo cual no da idea de su verdadera forma, que no es de pirámide triangular, sino de dos pirámides como he dicho.

Constituyen los hayucos un sabroso cebo, muy apetecido del oso y del jabalí, que acuden á los hayedos á darse harturas en el otoño; y aun en el invierno escarban

la nieve para buscarlos en el suelo entre las hojas secas. También les gustan á los cerdos y les lucen mucho, por lo cual en algunos pueblos altos de Liébana hay la costumbre de llevar estos bichos al monte en la temporada anterior á la matanza, que coincide con la de la madurez de los hayucos, con lo cual, aunque no se ponen del todo muy gordos, adquiere el jamón un gusto exquisito.

En los pueblos más ilustrados de la zona del haya se aprovechan mejor los hayucos y se les da un empleo más noble: se recogen y se muelen para extraerles el aceite, que si no es tan bueno como el de oliva, es mucho mejor que el de linaza, y se usa para lucir y también como condimento.

A tal fin se tienen cotos los hayucos por la autoridad local hasta que llegan á su completa madurez, que es cuando, abierto ya el erizo, basta estremecer un poco el árbol para que se desprendan y caigan. Entonces se descotan ó *se dan* para que todos los vecinos tengan libertad de ir á ellos y coger cada uno los que pueda.

De esto se trataba aquel día en Villanoble, de descotar los hayucos, y á esto se refería la disputa entre los dos vecinos de que ya está el lector enterado.

Resolvió la cuestión el alcalde en el sentido de dar los hayucos á la mañana si-

guiente, porque, bien averiguadas las cosas, resultó que el que sostenía con tanto calor que no caían, que era el tío Meatrigos, lo hacía por dar tiempo á que volviera un hijo suyo que estaba forastero y le hacía falta para varearlos.

Aquella noche ya se hicieron en todas las casas los preparativos, que consistían principalmente en unir cuatro sábanas de modo que formaran una sola sábana muy grande, buscar peones para completar la cuadrilla, si en la familia no había bastantes, y preparar algo de merienda; y á la mañana, en cuanto tocaron unas campanadas muy menudas con la campana chica, que eran la convenida señal, empezó á salir la gente á bandadas y á ir al valle arriba en animadas conversaciones, contando lances ocurridos otros años en la misma faena ó haciendo cálculos y proyectos para el corriente.

—Nosotros—decía una mozuelilla muy pizpireta,—el año de la nevadona cogimos más de cuatro cargas, cinco costales, después de bien limpios cuatro y medio: los llevamos á moler á Soto y nos dieron á libra de aceite por celemín, ello unas cuatro arrobas; y no nos costó nada la molienda, porque le dejamos el *pan* (1) al molinero.

(1) Los residuos sólidos.

—Pues nosotros—decía un rapacete ya grandezuelo—nunca dejamos allá el pan, porque es un pienso muy rico. Aquellos ladrillines, después de machacados y deshechos entre la paja, hacen engordar mucho á los bueyes y ponerse muy lustrosos... Más queremos pagar la molienda, porque al cabo, un cuarto en libra de aceite ya se sabe á dónde llega...

Las mozas se habían puesto muy empeñiladas, casi como para ir al baile los domingos, porque era muy posible que tuvieran que llegar á la mojonera y allí se encontrarán con las de otros pueblos limítrofes que anduvieran á hayucos también... y necesariamente las de Villanoble se habían de presentar más majas que las de Estercolera, las de Borregal y las de Valdebrujas...

Allá iba Vicenta la del tío Manco luciendo una saya de flor tostada, que regazaría en cuanto llegaran al monte para no rasgarla por entre las carcojas, y además para que se la viera el zagalejo encarnado de tinte fino. Allá iba Lorenza la de la tía Martina, con un pañuelo grande al cuello, de color de rosa, atado atrás, á la cintura, y otro francés á la cabeza, atado al moño con las puntas muy estiradas, dando aletazos conforme andaba. Allá iba también Casimira, que llevaba un manteo de muletón verde

con tres terciopelines por abajo á modo de tiranã. Allá iba igualmente Inés la de la señora Josefa, con una falda de percal azul con rayas blancas, una chambra pajiza con flores encarnadas, y pañuelo blanco de cenefa morada á la cabeza con las puntas atadas debajo de la barba, que era la última moda...

Al llegar cerca del hayedo se fueron formando las cuadrillas y dirigiéndose á diferentes valles, según la inclinación y las noticias que tenían.

Cada cuadrilla se componía de cinco personas, cuatro que solían ser mujeres ó rapaces, para tener por las puntas de la sábana y aparar en ella los hayucos que cayeran, y otro, que solía ser un mozo robusto y ágil para hacerlos caer golpeando las hayas con la cota del hacha.

Este último oficio es más difícil de lo que parece, porque no siempre se encuentran hayas novalias ó carcojas, que con sólo ponerse al pie y darlas un golpe se estremecen y sueltan el fruto; sino que á veces hay que entendérselas con hayas viejas, gordísimas, en cuyo tronco, de una vara ó vara y media de diámetro, lo mismo sería dar golpes que darlos en la muralla de la China. El que ha de sacudir ó varear los hayucos de estas hayas tiene que subirse á ellas é ir sacudiendo cañón por cañón y

rama por rama, para lo cual necesita esguilar bien, ser muy suelto y tener buenas uñas.

De todo esto se preciaba Angel del Hoyo, que era el sacudidor que había ido á buscar á Vallefrío la viuda del tío Pelegrín por no tener hombre de suyo, y con el cual iban ella y sus tres hijas, dos casaderas y otra todavía muy rapaza.

Era este Angel, ó *Angelo*, como le llamaban en su lugar, un mozo ya entrado, que había servido al Rey... y á la Reina; porque le cogió allá la muerte de Fernando VII, y aunque estaba ya entonces casi cumplido, como empezó en seguida la guerra civil y no licenciaron á nadie hasta la conclusión, tuvo que servir otra tanda de años, lo que le valió para traer que contar muchas cosas y muchas valentías de sí mismo.

Le gustaba la hija mayor de la tía Peregrina ó de la tía Peliblanca, como llamaban también á la viuda; y esta afición, unida á lo vivaracho que él era de por sí, le hacía desempeñar tan á finas veras su labor, que andaba en un pie, como suele decirse, y no descansaba un instante.

—¡Aquí, aquí!—gritaba cuando veía una haya bien cargada de hayucos. Acudían las mujeres, extendían la sábana, y de cuatro trastazos los hacía caer todos.

—¡Ea! — continuaba, — acribadlos un poco, y al costal con ellos.

Y mientras las muchachas echaban los hayucos en el cribo y les quitaban al ronco algún erizo y alguna hoja para echarlos en el costal, buscaba él otra haya donde repetir la operación y aumentar la cosecha.

Andando, andando, se puso á mirar una haya muy grande en cuyo grueso tronco, hasta las seis ó siete varas de altura, no había ni una rama.

—Esta—dijo cuando llegaron las mujeres,—tiene muchos hayucos y buenos; pero es algo difícil de conquistar...

—No digas que es difícil—le replicó la tía Peliblanca;—dí que es imposible, y acabas primero.

—Eso de imposible...—repuso el mozo, —ya lo veremos.

—¡Más visto!—dijo la viuda.—¿Cómo has de subir ahí?...

—Para todo hay maña, tía Lorenza...

Y diciendo esto, fué Angelo y cortó una carcoja delgada y alta con muchas ramas, se las podó todas, no al rape, sino á cosa de un palmo de distancia del tronco, la pinó arrimada al haya grande, y por los podijones se subió hasta el cañón bajero.

—Mire usted cómo y en qué instante se hace una escalera,—dijo desde allí á la viuda, muy satisfecho.

—Ya, ya; ¡no discurriste poco!—le contestó ella.

—Y ahora, si te derribáramos ese armatoste—le dijo una de las mozas,—¿por dónde bajabas?

—De un blinco,—respondió él riéndose.

Comenzó en seguida á menear esta rama, á golpear la otra, á sacudir la de más arriba, y comenzaron á caer granizadas de hayucos que era una bendición de Dios. En un instante se cubrió la sábana que la madre y las hijas procuraban tener lo más extendida posible.

—Es que has hecho un gran labor, Angelo, con subirte ahí,—le decía la tía Peliblanca muy complacida.

Con lo cual se llenaba él de vanidad y de esperanza de buen resultado en sus pretensiones, y se iba subiendo cada vez más arriba sin reparar en peligros.

Rompiósele en esto una ramina muy delgada, de la cual se había agarrado para estremecer otra mayor; perdió con el vaivén el equilibrio, se le fueron los pies del cañón en que los tenía, y empezó á caer dando tumbos de rama en rama.

Le vió desprenderse el mala entraña de Manolón, que estaba puesto en otra haya allí cerca, y en vez de asustarse y dar un grito de alarma y de aficción como hubiera hecho cualquiera otro, dijo con sorna á las

mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

—¡Allá os va un buen hayuco!

—¡Ahora con mil diablos!—dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al levantar la vista y ver bajar á Angelo hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana para recibirle en ella, y sus dos hijas mayores lo mismo, con lo cual le aminoraron mucho el golpe. Y aun se le hubieran parado por entero, si no fuera que la rapaza, con el susto, dejó escapar la su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió Angelo más que una costilla.

—No fué nada para lo que pudo haber sido—decía él después contando el suceso,—y casi que lo que más sentí fué la burla.

## DEMASIADO PRONTO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las terri-